

ALEGRÍA, DERROCHE Y DIVERSIÓN
EN LA FIESTA DE LOS MUERTOS
DECIMONÓNICA
EDELMIRA RAMÍREZ LEYVA

*En la calle de la gran Tenochtitlan
hay gran fiesta y mucha gala en los
panteones, las familias mudan los
adornos de sus salas a los sepulcros
de sus deudos.*

Juan Panadero

SI BIEN durante la segunda mitad del siglo XIX, el día dedicado a la conmemoración de los fieles difuntos se consideraba un día solemne, melancólico, lleno de lágrimas y añoranza por los parientes y amigos muertos, de hecho era una mera formalidad, pues la realidad remitía a un verdadero día de fiesta colectiva, con tintes carnavalescos, llena de animación, alegría, gozo, comilonas, representaciones, gozo y en donde todas las clases sociales mostraban sus diferencias.

Algunas de las crónicas decimonónicas¹ señalan que la naturaleza se vestía a tono para celebrar a los muertos; así rememoraban el otoño como un mes melancólico, frío, triste, donde el amarillo de las hojas caídas enmarcaba la desnudez de los árboles, ofreciendo el paisaje perfecto para recordar a los muertos. Esto no debería verse como una coincidencia, pues de hecho, en general, hay una íntima relación entre las fiestas y las estaciones, así la conmemoración de los muertos es la fiesta del otoño, situada justamente antes de las dos grandes fiestas de invierno del calendario mexicano, la de la Virgen de Guadalupe y la de Navidad.

¹ Veáanse, por ejemplo, *La Sombra*, t. II, n. 71, 2 nov. 1866, p. 1. y la *Revista de Mérida*, año, 7, n. 1, Mérida, 6 nov., 1873, p. 3

Esa atmósfera melancólica del otoño, que parecía estar a tono con la recordación de los muertos, no era, como se dijo anteriormente, la característica emotiva que reinaba durante la fiesta de los difuntos, ya que el gran movimiento generado por los preparativos del festejo, creaba un ambiente de tensión prefestiva, en donde predominaban el bullicio y la agitación, y no precisamente un decaimiento del ánimo. Pero junto a los grupos que se preparaban para la celebración, también estaban los que observaban el recogimiento, la práctica de la oración, las lágrimas y el recurso doliente de los ausentes, es decir, una postura más apegada a la ortodoxia establecida por la Iglesia para esa fecha. De esta manera, se puede decir que ambos estados convivían en el día de muertos, pero con una predominancia del ambiente festivo, como lo constatan las crónicas de la época.

Así pues, junto a la fiesta popular convivía el ritual católico, y en este sentido no hay que olvidar que la asignación de la fecha de la conmemoración de los fieles difuntos fue establecida por la Iglesia, específicamente, al parecer, por el benedictino San Odilón, Abad de Cluny, quien hacia el 1049, a través de una revelación, fija el dos de noviembre para dedicarlo a las ánimas del purgatorio, lo cual fue apoyado y difundido por los Pontífices, generalizándose así la fecha de la conmemoración.²

Resulta curioso, que en el calendario religioso de la época no aparecía el 2 de noviembre como día de guardar, pero en cambio sí se consignaba la visita a los cementarios y el ornato de que eran objeto en todos los lugares del país.³

El ritual católico para celebrar a los muertos, desde San Odilón, consistía en la aplicación de misas, sufragios, oraciones de diversos tipos, responsos, limosnas y oblacones; siendo las plegarias la forma activa que tenían los vivos para ayudar a los muertos, incluso se vendían unas hojitas impre-

² Véase "La conmemoración de los fieles difuntos", *El Universal*, México, 2 nov. 1890, p. 2.

³ *Almanaque Mexicano de Artes y Oficios*, México, 1895, p. 84.

sas con varias oraciones que se podían adquirir a un precio mínimo.⁴

La fiesta popular para conmemorar a los muertos distaba mucho del recogimiento señalado por el ritual religioso, pues aunque la gente festejaba según sus recursos, había un derroche generalizado para cubrir los diversos requerimientos que exigía la festividad.

En el siglo XIX, había diferentes formas de recordar a los muertos, según la región del país y la clase social, aunque había costumbres que confluían: una de ellas y tal vez la más importante, era la visita a los muertos en su espacio terrenal, esto es, a los cementerios.

Todos los cronistas del dos de noviembre aluden a la gran cantidad de personas que visitaban los panteones,⁵ acto que se constituía, prácticamente como el paseo y punto de encuentro obligados de todos los sectores de la población.

Si a lo largo del año, los cementerios eran espacios donde los muertos reposaban solitariamente, resignados al abandono, el día de su fiesta, los panteones se convertían en lugares de sociabilización; en el espacio más importante donde se efectuaba la celebración colectiva, en donde convivían los vivos con los muertos.

Ahí, en los cementerios, los diversos grupos sociales mostraban su actitud frente a la muerte. Los de la clase alta, tomaban el paseo como un pretexto ideal para exhibir su vestuario, especialmente elaborado para tal día, así como sus joyas y el lujo que concedían a sus muertos a través de

⁴ Veáanse “La conmemoración [...], *loc. cit.* ; “Conmemoración de los fieles difuntos”, *El Album de la Mujer*, año 3, t. 5, n. 17, México, 1 nov., 1885, p. 167; V. Agüeros, “Día de finados”, en *El Apostolado de la Cruz*, t. I, n. 27, México, 1 nov. 1896, p. 389 y F. Flores Alatorre, “Los muertos”, en *El amigo de la Verdad*, 2a ép., año XVII, t. IV, n. 95, México, 31 oct, 1889, p. 1.

⁵ Al respecto se pueden consultar los siguientes periódicos: A. Puntador, “A telón corrido”, *El Gil Blas Cómic*, n. 25, oct. 28, 1895, p. 1; Micrós, “Funerales indígenas”, *El Mundo Ilustrado*, México, 1 nov, 1896, p. 279 y Espinel, “El otoño y las fiestas de noviembre”, *La República*, año I, vol. I, n. 215, oct. 31, 1880, p. 1.

monumentos, coronas, crespones, flores, cirios; en contraste con las clases de menores recursos, especialmente con los indígenas, que convivían con sus muertos en torno a las tumbas, mediante ofrendas, que colocaban sobre manteles blancos o bordados de colores, y en las cuales no faltaba el agua, el bizcocho de muerto, el chocolate, la fruta, las resinas, el mole de guajolote, las bebidas fermentadas, las rosas de papel negro y desde luego, mucho *cempazuchil*, para finalizar dando rienda suelta a la comilona, a la bebida y terminando muchas veces en riñas, muertes o cárcel, y desde luego con el campo santo convertido en un basurero.⁶

Por todo lo anterior, el dos de noviembre los panteones cobraban una animación inusitada, además, el amarillo naranja de la flor de muerto —la flor de la época y la preferida de los indígenas para ofrecer a sus muertos desde la época prehispánica— les daba un colorido de luz y vitalidad singular, que contrastaba con las lúgubres y presuntuosas coronas y crespones, típicas ofrendas de la clase acomodada. Las luces de los diferentes tipos de ceras que se ofrendaban, más los farolillos de cristal o papel que también colocaban en las tumbas, agregaban una nota de calidez y luminosidad que creaban una atmósfera especial.

La tradición de la ofrenda procede de las antiguas ceremonias prehispánicas; en el siglo XIX la costumbre aún estaba viva, pero mantenida esencialmente por los indígenas y las clases bajas, pues no era aceptada por la Iglesia; y las clases acomodadas la veían con malos ojos; no es sino hasta el siglo XIX que se revaloriza la costumbre.

En el mundo prehispánico, la ofrenda derivaba de las creencias que tenían sobre los muertos, así por ejemplo para los aztecas "el alma, el espíritu que sobrevivía tenía aún [...] muchos atributos materiales, [así] tenían [...] que alimentarse, que usar de sus armas, que beber su agua, y en determinados días, las familias hacían presentes a sus antepasados muertos,

⁶ Véase Micrós, *loc. cit.*

de alimentos y licores y otras ofrendas, por conducto de los sacerdotes".⁷

Según otros "a la muerte de algún individuo de su familia (los aztecas), hacían la cremación del cadáver y las cenizas eran guardadas en urnas, juntamente con fragmentos de metales preciosos, esmeraldas, tamales (y) grandes flores amarillas llamadas *zempoalzoचित*".⁸

Para el siglo XIX, los indígenas aún conservaban algunas de sus antiguas costumbres, aunque poco a poco, —obligados por las circunstancias o penetrados de las ideas cristianas, por la insistencia de la Iglesia— fueron contaminando sus rituales, así por ejemplo, solicitaban responsos por el alma de sus muertos, pero no creían que sus almas estuvieran "ya en el cielo, ya en el purgatorio, sino que aún vaga(ban) en la tierra, tomando participación más o menos directa en la vida humana, beneficiando a los buenos, librándolos de sus enemigos, o bien inspirando sombríos terrores y malas ideas a los malos; para uno y otro objeto [era] necesaria la ofrenda propiciatoria."⁹

Se podría decir que en el siglo XIX había dos tipos de ofrendas, la mencionada que se ponía sobre la tumba y la que se ofrecía en las casas, la cual se colocaba en un improvisado altar con agua, veladoras, flores y algunos otros elementos según las posibilidades de cada familia; pero había variantes, según las diversas regiones del país, pues cada una tendía a incluir sus productos típicos, como en el caso de Teololoapan, que citaba *El Universal* de 1893, en donde los pobladores utilizaban mucha cera para sus ofrendas, —por ser zona productora—, al grado que las familias entraban en competencia para ver cual regalaba con más luces a sus muertos.¹⁰

⁷ "Culto a los muertos", *El Mundo*, México, 2 nov. 1897, p. 1.

⁸ "El día de muertos", *El Universal*, México, 2 nov., 1893, p. 1.

⁹ "Culto a los muertos", *loc. cit.*

¹⁰ Cf. "El día de muertos", *El Universal*, *loc. cit.*

Pero volviendo a la visita a los panteones, un periodista de la época describe en los siguientes términos la estancia en la tumba: "El día consagrado á los difuntos, toda la familia se traslada al cementerio desde las primeras horas de la mañana, allí sobre la tumba de sus muertos colocan lo que llaman la ofrenda, flores, frutas y velas de cera, se sientan alrededor y permanecen todo el día; a las doce almuerzan de la colación que llevan consigo, liban todo el día en el colosal jarro de pulque, y de esta manera, como ellos dicen, lloran el hueso."¹¹

Cuando la gente no almorzaba en torno a la tumba, se proveía de alimentos comprándolos en los puestos, que con ese objeto se colocaban en los lugares de los paseos; comida típica de la temporada, era la cabeza enchilada de carnero o de otro animal; las que también, cuando tenían recursos, colocaban sobre las tumbas.

El exceso en el comer y el beber no debía verse como un mero acto de gula, sino habría que enmarcarlo dentro de la fiesta popular, en donde adquiere un estatus de comida ritual, y no sólo de glotonería, como los periodistas de la época insistían en calificar, así por ejemplo, Fortun afirmaba en 1851, "que para celebrar este fúnebre aniversario, recurrimos al estómago, nuestro pueblo en esto es muy español, la semana santa se harta de peces raros, la noche buena toma la ensalada de vetabel y de cacahuates, las pascuas almuerza barbacoa, y el día de muertos se precisa mucho dulce;"¹² y Ciriaco del *Centinela Español*, comentaba que, "como en México no han fiesta sin indigestión popular, los comerciantes se apresuran a armar sus tiendas y barracas en la plaza principal para vender los dulces de costumbre."¹³

¹¹ Juvenal, "México y sus costumbres", *Revista Semanal*, México, 7 nov. 1872, p. 3.

¹² Fortun, "Día de Muertos", *El Siglo Diez y Nueve*, México, nov. 3, 1851, p. 1117.

¹³ D. Ciriaco, "Costumbres mexicanas. El día de muertos", *El Centinela Español*, t. 1, n. 97, México, 31 oct. 1880, p. 2.

Desde luego, no se trata de indigestarse o de recurrir al estómago para celebrar las fiestas en México, sino que la comida es uno de los elementos importantes y de carácter univesal en las fiestas, pues hay que recordar que como afirma Pieper, "celebrar una fiesta" es un acto de afirmación del mundo y de la vida, es un asentimiento a esa realidad mundana, hecho de manera extraordinaria."¹⁴ Por su parte Cox y Moltmann consideran "dos notas típicas en la fiesta, a saber, como el exceso y la crítica, la burla, la risa [...] estos dos rasgos [dan] por resultado un contraste evidente, una yuxtaposición entre la vida cotidiana y la festiva. Se constata en la fiesta esa vida exhuberante, pródiga, pero no simplemente bajo el signo de la afirmación y el asentimiento, sino también de la contradicción, la confrontación y el desajuste."¹⁵ Nietzsche y Freud también señalan "el exceso, la prodigalidad, el derroche, el despilfarro y la transgresión de los límites prohibiciones, tabús, etc., como característica de lo festivo."¹⁶

Así pues, la comida que se preparaba con tanta acuciosidad para el día de los muertos formaba parte de los elementos centrales del festejo. Además se podría decir que en el caso específico del día de los difuntos, la comida tiene un valor especial, pues se asocia a la manutención de la vida, y justamente se celebra la muerte afirmando la vida con sus aspectos más primarios. Además, la comida no sólo es para los vivos, sino que lo importante es que se comparte con los muertos y ellos, por lo menos según los antiguos mexicanos, sí responden a la ofrenda.

No sólo los indígenas otorgaban un valor importante a la comida, también las otras clases sociales se dedicaban a su preparación con anticipación; un inventario general de los platillos que se elaboraban en la época dará una idea de su

¹⁴ J. Pieper, citado por L. Maldonado en su libro *Religiosidad popular. Nostalgia de lo mágico*, Madrid, Cristiandad, 1975, p. 200.

¹⁵ Cox y Moltmann citado en *ibid*, p. 203.

¹⁶ Citados en *loc. cit.*

variedad: calaveras de dulce y alfeñique, juguetes de azúcar, como esqueletos, féretros, demonios que cargaban con los muertos, ánimas envueltas en llamas, tumbas, ánimas, entierros de garbanzo, obispos de dulce, trinitarios de cabeza de garbanzo, borreguitos; chocolate, frutas frescas y cubiertas, mole de guajolote, cabezas enchiladas de becerro, borrego o chivo cocidas al horno, con su cebolla en los ojos y en el hocico, sacando los dientes, con salsa borracha, acompañada de chito y frijoles gordos; la barbacoa; los platos de ponche que se elaboraban con leche muy hervida, panocha y maíz molido; el *chacualole*, que era un dulce de calabaza hervida en agua, con panocha y pepitas enteras; tejocotes con hueso; pescados de jalea de tejocote, figuradas sus escamas con oro volador; muertos de jalea de tejocote; grandes tortas de maíz cocido, las inmensas calabazas en tacha, los grandes bizcochos de muerto, el turrón de almendra; dulce de chilacayote y calabaza, fruta de horno, puchas, y marquesote. Por lo que toca a las bebidas, se pueden mencionar las aguas frescas, bebidas fermentadas, pulque, aguardiente y vino.

De acuerdo al breve inventario citado, predominaban los dulces, que al parecer se hacían en gran escala. Se comía mucho dulce en el día de los muertos, tal vez para balancear el acre recuerdo de la muerte con el dulzor del azúcar.

Cabe apuntar, que la comida del día de muertos, variaba: según la región de país, en donde se realizaba la celebración. El cuidado con el que respetaban las recetas originales, da cuenta de la importancia que concedían a la comida, en la que incluso, su preparación se convertía en un verdadero acto ritual.

Como se dijo anteriormente, el exceso en la comida forma parte de lo permitido en las fiestas, pues éstas constituyen un corte en el tiempo cotidiano, y se convierten en tiempos especiales, donde el comer y el beber sin límites forman parte del festejo.

Pero en el día de muertos decimonónico, el derroche, el despendio, el exceso no sólo se refería a la comida, también

se gastaba en el vestuario, pues todos, fueran hombres, mujeres o niños, tenían que estrenar ese día, ya que los paseos eran los momentos ideales para lucirse, competir o seducir.

Después de la visita a los panteones que terminaba a las dos de la tarde para las clases acomodadas, continuaban en la tarde con otros paseos, por ejemplo el del Zócalo y el de la Alameda, y más tarde asistían a la imprescindible representación del Tenorio u a otro tipo de representaciones típicas del día, como las calaveradas. Las clases bajas, en cambio, disfrutaban con los títeres, que se presentaban en barracas que se ponían en torno al Zócalo, con disgusto de las clases altas que las veían con desprecio, pero que al pueblo, al parecer, le gustaban mucho.

Todas esas costumbres populares que se realizaban el Día de Muertos daban mucho que decir a los periodistas de la época, que hablaban de la formalización y candelarización de la fiesta de muertos, de tal manera que criticaban el que se les recordara sólo una vez al año y de acuerdo al calendario establecido por la Iglesia; advertían que el recuerdo y el pesar por los ausentes poco tenía de sincero, así Gutiérrez Nájera afirmaba: "Hoy es el día en que, para quedar bien con los vivos, nos acordamos de los muertos. Pudiera creerse que expulsamos a los difuntos de los demás días del año con el fin de que no nos estorben, y que nada más les permitimos salir, esto es, recibir en su casa, el día dos de Noviembre."¹⁷

Había también quienes reprobaban severamente las costumbres mundanas para conmemorar a los difuntos; generalmente las consideraban desde el ángulo religioso, por ejemplo Francisco Flores Alatorre advertía que "no reprobamos el que las tumbas se adornen, sino el espíritu con que esto se hace. Poner por pedestal de la vanidad humana las cenizas de nuestros padres o bienhechores, escribir con estas demostraciones sobre sus tumbas la palabra 'recuerdo' cuando el corazón pronuncia la palabra 'olvido', es una mentira

¹⁷ El Duque Job, "Noviembre dos-1890", *Revista Azul*, t. IV, n. 1, 3 nov. 1895, p. 1.

que repugna. El cariño se demuestra haciendo el bien a los que amamos, y sólo la oración y buenas donas pueden aprovechar a las almas que duermen en el Señor."¹⁸

Otros reprobaban la fiesta, la alegría, el holgar de los vivos so pretexto de los muertos, Luis G. Iza es un representante de esta corriente: "Lleguemos al cementerio, pero no en romería, ni en son de fiesta, lleguemos, sí, con la frente inclinada por la meditación y con el corazón. Lleguemos á visitar á los muertos; pero no a profanar sus sepulcros con el ruido de nuestra algaraza y con nuestras observaciones impías."¹⁹

Por otra, parte es interesante observar el hecho de que todos los actos que formaban parte de la fiesta de los muertos derivaban a su vez en una serie de consecuencias económicas positivas para varios sectores de la sociedad, pues generaba una derrama considerable de dinero, que se traducía en beneficio para varios sectores de la sociedad. Por ello "después de todo, [comentaba un periodista] si consideramos esta vanidad de los ricos desde un punto de vista puramente mercantil, encontraremos que tiene su utilidad. Da dinero a las canterías, da trabajo a los arquitectos y escultores, produce derechos al fisco, desarrolla el gusto suntuario de los sepulcros [...] produce también un movimiento extraordinario en muchas ramas de la vida industrial, los jardineros ganan mucho con sus ramilletes, lo cual hace progresar el cultivo de las flores, los que labran cera, ganan con la venta de los cirios, lo cual mantiene el cultivo de las colmenas [...] los empresarios de ferrocarriles se llenan los bolsillos este día, las modistas ven llegar el día de muertos con alborozo [...]"²⁰

¹⁸ F. Flores Alatorre, *Op. cit.*, p. 1.

¹⁹ Luis G. Iza, "Los vivos y los muertos", *La Tribuna*, t. II, México, 2 nov., 1880, p. 1.

²⁰ "El Día de Muertos. (Los Inmortales)", *La República*, vol. VIII, n. 133, México, 2 nov. 1883, p. 1.

Pero desde luego, estaba la contraparte de los beneficios, pues el saldo negativo de la festividad se traducía en robos, riñas, muertos, presos y el gasto excesivo para los padres de familia, quienes a la postre eran los que costeaban la dispendiosa fiesta.